

que constituye la esencia intrínseca del pecado. Para que Dios condene al fuego eterno se necesita mucho, mucho en la decisión de la *voluntad* del que peca, ó digámos en la *intencion* del que peca.

Así, pues, cuando vemos que mueren tantos cuya conducta no fué ni tan buena ni tan mala, ¿cómo no convenir en ese sémi-infierno del Purgatorio? A proporción de la gravedad del infierno eterno y del estado en que se hallan muchos al morir, se convence uno de la necesidad del Purgatorio.

Véase, por tanto, cómo la religion católica romana guarda tan proporcionada distancia entre los protestantes tan duros y los filósofos tan laxos, que no hay religion más filosófica ni razonable.

Pero esto debe tratarse en especial capítulo.

CAPITULO VIII.

El Purgatorio por la Naturaleza.

La cuestion del Purgatorio, conforme á las ideas que hemos anticipado, es, pues, esta:

«Es posible y razonable el Purgatorio; pero ¿existe de facto?» ¿Qué nos dice del Purgatorio la Naturaleza física, qué nos dice la Naturaleza moral?

Antes dirémos, que si en el dialecto que hemos adoptado, el Infierno es *natural*, el Purgatorio lo es mucho más. Ese infierno no eterno que los filósofos suponen, es un concepto falseado del verdadero Purgatorio; y por aquí se vé la grandeza del dogma cristiano, cuyos cre-

yentes pueden decir á sus adversarios: «lo que para vosotros es el término, para nosotros es el medio; vuestras medidas son muy cortas; donde vosotros concluís allí empezamos nosotros.»

Ahora, nótese la sobriedad de la revelacion divina que se contiene en el Evangelio; porque si el Purgatorio es tan natural, que hasta los filósofos lo admiten en definitiva, ¿para qué hablar de él explícitamente el Nuevo-Testamento?

Si en la region de lo posible y de lo razonable está resuelto el problema que nos ocupa, la cuestion del hecho se reduce; pues, á esta otra: los hombres al morir, ¿van ya en estado de gloria ó de infierno? ¿Cuál es el orden que Dios observa en este punto? ¿Qué nos dice el orden moral, qué nos dice el orden físico? pero ambos órdenes sin salir de la Naturaleza.

Respecto del orden moral, nosotros vemos todos los días, que Dios no hace su justicia con muchos hombres en esta vida, ni con los grandes pecadores, ni con los pecadores comunes. Si no todos los que pecan son como Judas y Neron, tampoco de los que se arrepienten son sino muy pocos los que se portan como David, como Agustín, como la Magdalena. Nosotros vemos, nosotros entendemos, nosotros tenemos, por cierto, que tales reacciones son milagros.

qué de pecadores á justos son pocos los que pasan, y que son muchos los que mueren sin haber amado mucho.

¿Podrá ser de otra manera? ¿Nos engañaremos teniendo por amantes medianos á grandes amadores, que sin embargo no lo parecen? Esto podrá ser en tal ó cual caso; pero ¿qué sería del criterio moral si en este asunto no existiese una regla general de la que podamos estar seguros, salvas las excepciones?

En tantos pecadores comunes que diariamente vemos morir, suponer hombres ya sin mancha, aptos para el cielo, es tan contrario al orden moral de la Naturaleza, que á no haber en este punto un criterio de certidumbre, no sabemos cómo puedan justificarse las leyes civiles y los castigos de los hombres. Nosotros creemos á los hombres como su conducta, como sus obras nos los dan á conocer: «por sus frutos los conoceréis.»

No tenemos, pues, la certidumbre del destino de un hombre en particular, pero si la tenemos de los hombres en masa; podrá haber hombre que nos parezca malo, y que no obstante sea un santo para Dios; podrá haber un malo de quien Dios haga un santo en el momento de morir; pero aquello será una excepcion, y esto será un

milagro, que es tambien excepcion, y en todo caso queda salva la regla general.

Gratis sería, pues, suponer que *la conducta* de los hombres no sea la expresion general de su bondad ó malicia interior; gratis sería y contrario al órden natural, suponer que al morir los hombres que no sean réprobos, Dios los justifique todo lo que necesiten los pecadores medianos para que queden tan limpios como ha menester un ciudadano de la Jerusalem celeste. Posible es esto, pero el hecho ¿cuándo se probará á lo ménos como probable? Esto sí que necesitaría una revelacion expresa.

El pueblo católico romano ha mostrado siempre su buen sentido al juzgar de los que mueren; sabedor de que todos somos pecadores, de que son muy raros los perfectos, al morir, y de que aún los grandes pecadores pueden por milagro ser absueltos de la pena eterna, ruega siempre por todos los que mueren, por si estuviesen en el Purgatorio.

Además, el Purgatorio justifica la justicia de Dios y justifica su bondad. Si el Infierno es tan tremendo ¿por qué no habrá una pena inferior para los difuntos que á sus pecados alegan razonables excusas? y, si la gloria es tan grande

dicha ¿por qué darla sin grandes expiaciones y merecimientos?

¿Se dirá que los méritos de Cristo son tan grandes que todo lo suplen? Si todo lo suplieran sin nuestra cooperacion, no sabemos por qué la bondad de Dios no suprimió tambien el Infierno.

No nos cansemos: el infierno es para los que no tienen excusa en su maldad; el Purgatorio, para los que la tienen bastante en su debilidad ó en su ignorancia ó en otras razones que Dios se reserve; la gloria, para los que en sus expiaciones ó en su inocencia anticipan su Purgatorio ó no lo han menester.

Este es el órden natural; lo que de este órden salga sale de las nociones fundamentales que tenemos de Dios, del hombre y de la vida humana, y viene á ser *contra natural*, mientras por una expresa revelacion no se justifique de *sobre natural*.

Por otra parte, ese mismo estado de oscuridad en que vivimos respecto de la gravedad del pecado, nos conduce á reconocer cuán natural sea, cuando digno de la misericordia de Dios, no reservar al juicio de su tremenda justicia sino á los inexcusables que supieron bien lo que hacían.

Dios, pues, con su Purgatorio, es justo, tanto más cuanto es tan riguroso con su Infierno. Con el Infierno amaga nuestra malicia, con el Purgatorio nuestra tibieza. Para llegar á la gloria es necesario estar limpio y así evitar el Infierno; estar más limpio y así evitar el Purgatorio. *«Amplius lava me ab iniquitate mea.»*

Pero, ¿qué nos dice del Purgatorio la Naturaleza física? Si Dios reserva allá tan terrible pena, ¿no pondría en sus obras visibles esos símiles con que nos habla de sus otros dogmas? Si que los puso. Semejantes á esos frutos que se maduran artificialmente, ya porque así es su natural condicion, ya por preservarlos del riesgo de los hielos ó de los calores, los hombres que mueren ántes de perfeccionar su virtud, pasan de esta vida de peligros á otra vida segura en que se preparan á ser ofrenda digna del convite celeste. Estos hombres, á vivir más, se hubieran perdido quizá; el calor de las pasiones ó el helado viento de un siglo descreído hubieran quemado su corazón *«Dios amó (al justo)—dice el libro de la Sabiduría (4. 10)—y como vivía entre los pecadores fué trasladado á otra parte.»*

Es muy digno de notarse que hay especies enteras de árboles cuyo fruto no obtiene su sa-

zon sino cortado y fomentado bajo el influjo de un calor artificial; porque si se le dejase más tiempo vivir en el árbol, se perdería; el calor ó el hielo le dañarían. Entre estas especies se numeran el banano, el peral, la chirimoya y otras varias; demasiado delicadas estas frutas han menester que el labrador las separe oportunamente del peligro. ¡Cuántas almas débiles, á semejanza de estos frutos, han menester de Dios mayor misericordia!

Estas semejanzas no son más que la continuación del plan que hemos notado al tratar de la gracia. Lejos de ser caprichosas ó casuales, debemos ver en ellas el designio de Aquel que á sí se llama el labrador; que á las almas llama los frutos que El cultiva, que á los escogidos ó á los réprobos los representa en los buenos ó malos frutos, y que se afana porque los frutos se den buenos y los buenos no se hagan malos; que para madurar los frutos estableció el tiempo fijo de una *estacion*, semejanza de la vida humana; que muchas veces, y para muchas especies de frutos no es bastante la *estacion* natural, que se ha menester de otra *estacion* para la madurez, pero ya el fruto cortado del árbol; que esos frutos que en los campos ya no parecen sino que el labrador los esconde en un abrigado recinto,

se servirán buenos y sazonados en el festin del padre de familia.

Hé ahí á la Naturaleza física persuadiéndonos elocuentemente de la existencia de un Purgatorio sobrenatural.

CAPITULO IX.

Naturalidad de la Resurreccion de la carne.

¿Qué habría sido de Adan y su descendencia si no hubiesen pecado?

Fuera cual fuese su destino en la vida, se ve que su sér, compuesto de cuerpo y alma, no habría sufrido esa ruina de la que la enfermedad es un período y la muerte es el complemento.

Se ve asimismo que si es una cosa bien maravillosa ese ángel con cuerpo que se llama hombre, esa creacion era un asunto importante en el designio de Dios.

Pero ese designio ¿habría de fracasar con el pecado del hombre?

No por cierto; sino que del mal que causaba el hombre libre, iba la sabiduría, la misericordia

y la caridad de Dios, á tomar elementos, á tomar ocasion de un órden más maravilloso, conservando el primer órden en cuanto no fuese incompatible con el segundo. ¡Cómo había de obrar Dios de otra manera! Hé aquí á lo que se reduce la cuestion de la Resurreccion.

Si Dios, en unir un espíritu á un cuerpo, tiene un gran designio, ¿qué era eso de criar al hombre con cuerpo por un poco de tiempo y separarlo despues, sin que el cuerpo hubiese sido necesario ni para que el hombre conociese ni para que mereciese?

¿Era preciso el cuerpo para que el alma usase de sus facultades? ¿Lo era para que fuese probada en esta vida? No, sin duda. Luego el cuerpo sirve para otro designio que no sabemos; y si en la vida este designio no tiene su verificativo, preciso es que el cuerpo tenga que servir en la otra; y aquí nos hallamos otra vez con la necesidad de la Resurreccion de la carne.

A esto agregaremos dos argumentos para los que creen en el Cristo; es á saber:

El gran designio de Dios en la Encarnacion del Verbo, fué unirse á sus criaturas; en el hombre se unió lo espiritual y lo corporeo para que uniéndose Dios al hombre con esto se uniese á toda criatura; muy natural era, pues, que si el

Cristo subsistiese para siempre, el hombre con alma y cuerpo subsistiese para siempre.

Es el otro argumento el que se toma del plan de unidad en la subordinacion de unos seres á otros, plan que ya hemos observado. Este plan no tendrá su complemento sino cuando llegado el término de los tiempos, reine el gran día de la Eternidad. Y ¿á qué fin aniquilar entónces la materia, si será entónces cuándo ha de servir para lo que sirva en el gran designio del que la sacó de la nada; si será entónces cuando Dios ha de ser plenamente glorificado en su obra, de la que es una parte importante y misteriosa el mundo de los cuerpos?

Fútiles son por cierto, las objeciones que se hecen no ya á lo plausible sino á lo posible de la Resurreccion de la carne.

Las objeciones se refieren á lo económico por decirlo así de esa obra.

Esos cuerpos disueltos, se dice, descompuestos en sus elementos, elementos que luego sirven á la formacion de otros cuerpos, ¿cómo podrán resucitar con el carácter de los mismos que en el dogma se supone? Respondemos en primer lugar, que la identidad que en el dogma se necesita es la de las formas, no la de la sustancia, cabalmente la misma identidad, que

en nuestro modo de ver y de hablar, atribuimos á nuestro cuerpo, cuya sustancia no es la misma pasado cierto período, pero del que decimos siempre "mi mismo cuerpo."

Decimos en segundo lugar, ¿quién sabe lo que sucede con los elementos de los cuerpos muertos? ¿Será imposible para el Criador hacer que los elementos del cuerpo de cada difunto dejen de complicarse en la formación de otro nuevo, áun supuesto el hecho de que por algun tiempo se compliquen los elementos de uno en la formación de otro? De ninguna manera.

Pues si no es imposible, disipada está la dificultad.

Pero no es bastante haber demostrado así lo natural de la Resurrección. Si la religión que enseña este dogma, es la verdadera y por lo mismo la verdaderamente natural, figurada estará en la Naturaleza visible la Resurrección de la carne.

Es así, por cierto; la Naturaleza está continuamente presentándonos cumplidas imágenes de la futura resurrección.

No bien se despojan los árboles de sus hojas, y ya la vida hace germinar el árbol nuevo que será la gloria de la Primavera. Mejor dicho; las hojas no caen sino porque el árbol nuevo las

empuja; el árbol no quedará cadáver sino para rejuvenecer en la nueva venidera estación. Pero ántes reinará en los campos la desolación, y solo cuando luzca el sol con toda su luz, será cuando se renueven todos los bosques y praderas. ¡Hermosa figura! La renovación del mundo, de las flores y de los árboles nos garantiza la renovación del género humano.

Pero hay figuras más significativas todavía de lo que ha de suceder al hombre. Tales son las metamorfosis del gusano, que al acercarse el Invierno labra su tumba, de la que al venir la Primavera saldrá trasformado en hermosa y flotante mariposa, que no se arrastrará ya por el polvo, porque su región es el diáfano cielo, y sus delicias, puras y brillantes flores.

¿Será casual y sin designio, semejante género de vivientes? ¿Qué casualidad hizo que las metamorfosis no fuesen del cielo á la tierra sino de la tierra al cielo? ¿Por qué el volátil no acabó por ser gusano, sino que éste, de arrastrarse en el suelo, acabó por subir al cielo?

Otra hermosa imagen de la Resurrección nos la ofrece el chupamirto ó colibrí. Llegado el Invierno, deja sus flores, le falta el aliento y vá á suspenderse asido de sus piés á la rama de algun arbusto. Allí en letargo, cual si fuese un

cadáver, espera el calor y la luz de la nueva estación. Venida ésta, sacudirá el sueño, reconocerá el mundo renovado, y lanzándose como una saeta que hiede los aires revolará de flor en flor gustando la ambrosía que encierra el perfumado cáliz. (1)

Tan notables fenómenos serían el más extraño capricho de excepcion en el plan general del grande Artífice, si no hubiese en ellos un designio moral que justificase y explicase tales rodeos en El que pudo hacer se renovase el follaje como se renuevan nuestros cabellos, que las mariposas saliesen del huevillo como salen las aves, y que los colibrís emigrasen como emigran las golondrinas, ó que resistiesen los frios, ó que pereciesen con ellos á la manera de los otros volátiles. Y si en tantos otros fenómenos hemos visto ya indudablemente figuradas otras verdades religiosas, ¿cómo no ver en estos figurado el dogma de la Resurreccion del hombre!

(1) Los misioneros de México tuvieron la delicadeza de llevar notarios públicos que diesen fé, con vista de ojos, en diversas veces, de ese fenómeno tan notable que los europeos negaban obstinadamente.

SECCION III.